

mas que por los espías de la Prusia, los cuales le arrestaron y condujeron al castillo de Marksburg, donde pudo ver para recrearse los instrumentos de tortura que se conservan allí, felizmente también como un simple objeto de curiosidad. Se puede visitar el castillo, pero como para obtener este favor se necesita un certificado de buena vida y costumbres, dado por la Santa Alianza, y no me había yo provisto de tan importante documento, forzoso me fué, con gran sentimiento mio, pasar adelante. En esta misma ribera del Rhin, y subiendo algunas millas, es donde se recoge la uva cuyo famoso vino se llama Leche de la Virgen.

Muy pronto perdimos de vista el magnífico castillo-prisión, porque el Rhin tiene una de sus curvas mas pronunciadas desde Marksburg á Boppart. En su ángulo mas notable se eleva la pequeña ciudad de Boppart, la antigua Bando brigá de los romanos, cuyas murallas están edificadas sobre los cimientos de un fuerte de Druso. Esta es la patria del emperador Enrique VII, que nació allí en 1312.

Desde Boppart se ve en lo alto de una montaña bifurcada, los dos castillos de los Dos Hermanos: son dos de las mas antiguas ruinas del Rhin, porque su abandono data, segun dicen, del siglo XIII. Estaban habitados por dos hermanos gemelos que se parecían de tal modo, que algunas veces sucedió á sus mismos padres tomarlos uno por otro. Vivieron en la union mas perfecta hasta la edad de veinte y cinco años, mas al llegar á esta edad, los dos se enamoraron de la misma muger, y la discordia comenzó entre ellos. No tardaron en llegar las cosas á punto que no queriendo cederla ni el uno ni el otro, resolvieron disputársela por las armas. Advertida de esta resolución la dama de sus sangrientos pensamientos, acudió á procurar ponerlos de acuerdo, mas la dijeron que los dos hermanos habían salido juntos, dirigiéndose hácia el valle. Hizo que la indicasen el camino que habían tomado, y fué en su seguimiento; á la mitad de la pendiente de la montaña próximamente, oyó el zic zas de sus espadas; dobló el paso, pero por más ligera que fué, llegó demasiado tarde, y cuando estuvo en el campo de batalla, encontró á los dos desventurados hermanos tendidos el uno sobre el otro, como Eteocles y Polynice. Desesperada por haber sido la causa de un doble fratricidio, se retiró al convento de Marienberg, que se descubre mas arriba de Boppart, y murió allí religiosa. En cuanto á los castillos de los Dos Hermanos, desde aquel día quedaron inhabitados.

San Goar es no solo un desembarcadero, sino también una peregrinación. En otro tiempo un bonito castillo fortificado velaba sobre la ciudad, pero en 1794 hicimos volar sus murallas. Un posadero ha entrado allí por la brecha, y ha edificado en él una posada.

El antiguo santo que dió su nombre á la ciudad, también ha perdido materialmente al-

go con el paso de los franceses; pero moralmente, ha conservado una influencia aun demasiado grande para el siglo XIX.

He aquí como San Goar ha merecido esta gran reputación, que hoy se estiende todavía desde Strasburgo á Nimega.

San Goar era contemporáneo de Carlo-Magno, y por consecuencia asistió á la lucha del gran emperador contra los infieles. Por mucho tiempo sintió el santo amargamente no poder ayudar al hijo de Pepino de otro modo que con sus oraciones. San Goar no solo era ermitaño, sino también batelero. Se entregaba á este sentimiento al mismo tiempo que iba á la orilla derecha del Rhin á salir al encuentro á un viagero que le había hecho señal de que le fuera á buscar, cuando de repente se le ocurrió una idea que le pareció era de tal modo una inspiración del cielo, que resolvió ponerla al instante mismo en ejecución.

En efecto, apenas San Goar se encontró con el viagero en medio del Rhin, es decir, en el sitio en que el rio es mas rápido y profundo, cuando cesando de repente de remar, preguntó á su pasagero de qué religión era, y sabiendo que se las había con un herege, dejó el remo, se arrojó sobre él, le bautizó en un abrir y cerrar de ojos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, é inmediatamente, temiendo que un bautismo administrado de aquel modo perdiese su virtud, arrojó al nuevo convertido en el rio, que le llevó directamente al paraíso. En la misma noche se apareció á San Goar el alma del ahogado, y en lugar de reprenderle el modo algo brutal con que le había obligado á salir de este mundo, le dió gracias por haberle procurado la eterna felicidad. No necesitó mas el santo con las disposiciones naturales que tenía, para lanzarse en aquel nuevo camino de conversiones; así desde aquel momento, se pasaron pocos dias que no fuesen señalados con alguna conversión nueva. Cuando trataba con un cristiano, por el contrario, San Goar no se contentaba con pasarle el Rhin; le conducía á su ermita, y allí dividía con él los dones que la piedad de los fieles le proporcionaban con tal prodigalidad, que aumentándose de día en día, probaban que la reputación del santo era cada vez mayor.

Esta gran reputación llegó hasta Carlo-Magno, quien en su cualidad de inteligente, apreciaba el medio de conversión adoptado por San Goar, y resolvió no dejar sin recompensa á tan poderoso auxiliar. Fué, pues, como un simple extranjero á pasar el Rhin, y habiendo hecho la seña acostumbrada, vió dirigirse hácia él al buen ermitaño; pero su deseo de pasar de incógnito el rio quedó sin resultado, porque Dios había impreso en su rostro tal magestad, que San Goar le reconoció aun antes de que hubiese puesto el pie en la barca.

Semejante huésped debía dejar la huella

de su paso; así, en cuanto llegó á la otra orilla, y habiendo bebido de un vinillo que le pareció agradable, Carlo-Magno pidió noticias acerca de la tierra que lo producía, y habiendo sabido que estaba de venta; la compró y la regaló á la ermita, prometiéndole al ermitaño enviarle un tonel y una argolla.

Efectivamente, algunas semanas despues del paso del emperador, San Goar recibió los dos objetos prometidos. Ambos eran obras del encantador Merlin, y cada uno tenía su propiedad particular. El tonel, al contrario del de las Danaides, estaba siempre lleno, siempre que no se sacase el vino mas que por la espita; en cuanto al collar era una cosa muy distinta.

En la expansión de la conferencia, San Goar se había quejado á Carlo-Magno de la mala fé de los infieles, puesto que sabiendo ya las costumbres de San Goar, en vez de confesar su heregia, respondían sencillamente que eran cristianos, atravesaban el rio, bebían su vino, y se iban haciéndole gestos. Y no había remedio para evitar esto, no diferenciando nada á un cristiano de un herege que hace la señal de la cruz.

Este inconveniente era el que el emperador Carlo prometió obviar, y para cumplir su promesa le envió el collar preparado por Merlin.

En efecto, el collar tenía una virtud particular; apenas había tocado al cutis, conocía con quien se las había; si era con un cristiano permanecía en su *statu quo*, y dejaba pasar tranquilamente el vino de la boca á su estómago; si era un herege, se estrechaba inmediatamente hasta reducirse á la mitad, de modo, que el bebedor soltaba el vaso, sacaba la lengua y ponía los ojos en blanco. Entonces San Goar que estaba junto á él con una taza de agua, le bautizaba apresuradamente; y el resultado era el mismo. Eran, pues, inapreciables y hechos para estar juntos, ambos dones del tonel y de la argolla.

San Goar conocía el valor de este regalo; por tanto, no solo hizo uso de él toda su vida, sino que mandó á los frailes, que se habían reunido á él, y que le hicieron superior de una abadía que fundaron, que le siguiesen despues que él muriera. Los frailes no dejaron de hacerlo, y el collar y el tonel milagrosos atravesaron los siglos conservando su poder.

Desgraciadamente en 1794 se apoderaron los franceses de San Goar tan de improviso, que no tuvieron tiempo los frailes de poner en salvo su tonel. Al entrar en el convento el primer cuidado de los vencedores fué bajar á la bodega, y como por una sola espita no corría bastante vino para apagar su sed, emplearon el expediente usado en semejantes casos, y dispararon tres ó cuatro pistoletazos al bienaventurado barril, sin tomarse el trabajo de tapar el agujero de las balas. Por

la noche el regimiento estaba borracho, pero el tonel, cuyo encantamiento se había deshecho estaba para siempre vacío.

En cuanto á la argolla, el tambor mayor la cogió para hacer con ella un collar á su perro, y los aficionados á arqueología pueden verle tal como se conservaba aun en 1809 en el lindo cuadro de Horacio Vernet, titulado *el Perro del Regimiento*.

Mas desde 1812 no se sabe que ha sido de él, habiéndose helado el pobre perrillo con su amo en la retirada de Rusia.

## EL LORE-LEI.

Por lo demas, San Goar tiene para su reputación un terrible vecino, ó mas bien, una temible vecina, que es la hada *Lore*, que ha dado su nombre á una inmensa roca cortada á pico, que se encuentra á medio cuarto de legua mas arriba de las ruinas de Katzenellen, y que por ella se llama *Lore-Lei*.

Desde Coblentza oíamos hablar de aquel paso del Rhin, no solo por la leyenda poética que va unida á él, sino como el mas vistoso que el rio presenta á los viageros en todo su curso. En efecto, al atravesar este sitio, los viageros mas indiferentes habían subido al puente y reinaba en toda la tripulación una agitación tradicional como la que se observa en el Ródano al aproximarse al puente del Espíritu Santo. Y efectivamente, en aquel sitio el Rhin se estrecha y se hace sombrío, su curso adquiere mas rapidez; porque en un espacio de quinientos pasos, sus aguas tienen una pendiente de cinco pies. En fin, el *Lore-Lei* se eleva como un sombrío promontorio y se ve salir del rio las puntas de las rocas que han rodado por sus costados y que han sembrado aquel paso de escollos. En la cima de esta montaña es donde residía la hada *Lore*.

Era esta una bonita jóven de diez y siete á diez y ocho años, tan bella, que los bateleros que bajaban por el Rhin olvidaban por mirarla el cuidado de sus bageles; de suerte, que iban á estrellarse contra las rocas, y no había día en que no hubiese que deplorar alguna nueva desgracia.

El obispo que habitaba la ciudad de Lorch, oyó hablar de aquellos accidentes tan frecuentemente repetidos, que parecían efecto de una fatal influencia, y las hijas, las esposas y las madres de los que ella había hecho perecer habían llegado vestidas de luto á acusar á la linda *Lore* de magia; por lo que la citó para que compareciese ante él.

La buena Lore prometió ir; mas el día en que debía verificarlo se olvidó de su promesa, y el obispo envió dos hombres para prenderla, y estos dos hombres la encontraron sentada según su costumbre en la roca: cantaba una antigua balada como las que cantan las nodrizas á los niños que mecen, y sin hacer resistencia alguna se levantó y los siguió.

Compareció ante el obispo, y éste quiso interrogarla severamente; mas apenas la vió, experimentando el encanto universal, fijó las miradas en sus ojos; despues, con un acento que descubría la compasion que experimentaba hácia la jóven:

—¿Es verdad, linda Lore, la dijo, que sois una maga?

—¡Ay, ay! monseñor, respondió la pobre niña, si yo fuera una maga, tendria encantos para retener á mi amante, y mi amante no hubiera partido; y yo no pasaria mis días y las noches esperándole en la cima de una roca, y cantando la balada que tanto amaba. Y diciéndolo estas palabras, la bella Lore se puso á cantar la balada ante el obispo, de modo que éste conoció que estaba loca.

Entonces, en lugar de pensar en castigarla, comenzó á compadecerse de ella, y temiendo, al verla trastornado el juicio, que despues de haber perdido su cuerpo perdiese su alma, mandó la condujesen al monasterio de Marienberg, y la recomendó por una carta á la superiora, que era parienta suya.

La bella Lore partió montada en la hacanea de movimiento mas dulce que pudo hallarse, porque el obispo temía la sucediese alguna desgracia en el camino, y él mismo la siguió con la vista, en medio de la escolta que la acompañaba, hasta que ella y la escolta desaparecieron tras el castillo de Nottingen; y y todo marchó perfectamente hasta que se hallaron á la vista de las rocas donde tenia costumbre de estar esperando á su amante.

Mas cuando estuvo á la vista de aquellas rocas, pidió permiso para subir á su cima á dirigir la última mirada sobre el Rhin, y por ver si aquel á quien esperaba tan largo tiempo hacia, volvía; y como el obispo habia encargado que no se la contradijese en nada, sus guardias le ayudaron á desmontar, y dos de ellos la siguieron á algunos pasos de distancia, á fin de volverla á coger si intentaba huir.

Apenas puso sus pies en el suelo, echó á correr con tal velocidad, que parecia rozar la tierra como una golondrina, y saltaba de roca en roca con tal facilidad, fuese cualquiera su altura y aspereza, que se hubiese creído era una sombra mas bien que una criatura humana perteneciente todavía á la region de los vivos. De este modo llegó á la cima de la montaña, en el sitio mismo en que caía á plomo sobre el rio; y avanzando hasta el último extremo, cogió el arpa que habia dejado allí la vispera, y con aquella triste voz que privaba

de la razon á los que la escuchaban, se puso á cantar su acostumbrada balada. Mas esta vez, terminada la balada, oprimió su arpa contra el pecho, y con los ojos fijos en los cielos, tendidos los cabellos al viento, se dejó caer lentamente, no como un cuerpo que se desploma, sino como una paloma que vuela: en el mismo instante, la escolta que la acompañaba prorumpió en un gran grito: la bella Lore habia desaparecido en las ondas.

Volvió la escolta y refirió al obispo lo que habia pasado: entonces, moviendo el obispo su mitrada cabeza, mandó que se dijese misas por el descanso del alma de la pobre loca; pero aun él mismo tenia pocas esperanzas, porque sabia que el crimen que Dios perdona mas dificilmente es el suicidio.

En efecto, pocos días despues supo que habian visto de nuevo á la bella Lore sobre su roca, y que al oír su dulce voz y su suave canto, se habian perdido algunos bateleros: mas como sabia, sin que le quedara duda, que se habia precipitado en el rio, creyó que en aquella ocasion se encontraría seguramente allí algun encantamiento, é hizo ir á un matemático muy sabio en materia de magia.

El sabio consultó los astros, y dijo al obispo que efectivamente la bella Lore habia muerto, pero que como habia muerto en pecado mortal, estaba condenada á volver al mismo sitio en que se hallaba en vida, y que volvería del mismo modo hasta que encontrase un jóven caballero que la hiciese olvidar su primer amor.

El obispo era demasiado piadoso para oponerse de ningun modo á los decretos del cielo; únicamente hizo anunciar en todas partes que desconfiasen de la hada Lore, porque en castigo de sus pecados, la pobre loca se habia convertido en una infame encantadora, y nadie tuvo trabajo en creerle, porque los suaves cánticos que dejaba oír en otro tiempo, se habian vuelto ásperos, y si algun batelero encallaba al pie de su roca, respondía á su grito de muerte con una carcajada, como responden por la noche las hienas á los gritos de los viajeros extraviados en las selvas.

Y duró mas de un siglo: el obispo murió. La generacion que habia visto á la pobre Lore viva, desapareció refiriendo su historia á la generacion que debia seguirla, y así pasaron otras cuatro generaciones, refiriéndose unas á otras cómo habia ido allí aquella mala hada, que se veía á modo de un espectro sobre la roca, y cuyas carcajadas se oían cada vez que alguna lancha extraviada zozobraba en las tinieblas.

Cien años ó mas habrian pasado: reinaba en Alemania el emperador Maximiliano, y Roderico Lenzoli Borgia, de terrible memoria, era papa en Roma, cuando una noche, un jóven cazador, extraviado en el valle de Ligrenkopf, apareció de repente á la salida de aquel valle, y se encontró delante del Rhin.

Era uno de esos días abrasados del estío, en que el agua fresca y limpida atrae; fatigado de su correría, el jóven cazador se apeó de su caballo para bañarse. Mas antes de entrar en el rio, queriendo indicar á su comitiva dónde se hallaba, tocó el cuerno; al punto su tocata fué repetida tan distintamente, que creyó que algun perrero le respondía; volvió á comenzar al punto otro aire de caza, y fué repetido tan exactamente como el anterior, comenzando á hacerle titubear: al fin, á una tercera prueba, movió la cabeza diciendo:

—Es el eco, y habiendo dejado su cuerno en tierra, se desnudó y se arrojó al rio.

Walter, así se llamaba el jóven nadador, era hijo de un conde palatino; tenia diez y ocho años aun no cumplidos, y ya era no solo el mas hermoso, sino tambien el mas valiente y diestro de los jóvenes señores que de Maguncia á Niméga habitaban las riberas del Rhin.

Por tanto, al ver tan bello jóven, de quien habia comenzado por mofarse, devolviendo el sonido de su cuerno, y que acababa, por decirlo así, de entregarse á ella, experimentó repentinamente la hada Lore un sentimiento que hacia largo tiempo creia muerto en su corazón; pero engañándose á sí misma, atribuyó su turbacion á piedad. La hada Lore se engañaba: era el amor.

El jóven por su parte la vió sentada sobre su roca y se puso á nadar en direccion de donde ella estaba; la hada Lore le veía aproximarse con alegría, y se puso á cantar aquella antigua balada que todos habian olvidado, excepto ella; y al oír aquella voz, Walter redobló sus esfuerzos para llegar al pie de la roca. Mas de repente recordó la hada que entre el bello nadador y ella estaba el abismo donde tantos desgraciados se habian sumergido; al punto interrumpió su canto y desapareció, de modo, que todo volvió á quedar en el silencio y la oscuridad.

Conoció entonces Walter que habia sido el juguete de una ilusion, y como se sentía arrastrado á su pesar, se acordó del abismo; felizmente aun era tiempo, y el jóven, gracias á su vigor y destreza, consiguió ganar la orilla; apenas tocó en ella, vió llegar á su viejo escudero Blum. Este habia oído la triple llamada del cuerno, y habia acudido.

Walter y el viejo escudero se unieron al punto á su comitiva; en seguida, reunidos todos los cazadores, emprendieron el camino del castillo. Todos volían conversando alegremente acerca de las hazañas de la jornada; solo Walter marchaba pensativo y con la cabeza inclinada sobre el pecho; pensaba en aquella graciosa aparicion que no habia durado mas que un momento, pero que le habia dejado una impresion tan profunda.

Y al otro día y los siguientes, por mas que los pescadores navegaron sobre el Lei, no vieron á la hada. En cambio desde aquel momen-

to, todo lo que emprendia Walter le salia bien; se hubiese dicho que un buen genio velaba sobre él y le allanaba todas las dificultades.

En efecto, el cielo estaba cubierto de nubes, y amenazaba la mas horrorosa tormenta, bastaba que Walter saliese para que el cielo se iluminase en el mismo instante. Se hallaba en los alrededores á un caballo fogoso, Walter según su costumbre hacia se le llevasen, y apenas le montaba, el caballo se volvía dócil como un carnero. Estaba sediento, un manantial puro y fresco se presentaba á su vista; estaba cansado, un fecho de flores...

De modo, que en las orillas del Rhin no se hablaba mas que de su felicidad y destreza; su flecha daba en el blanco á cualquier parte donde fuese lanzada, fuese al águila que se cernía en lo mas alto de la region del espacio ó al gamo que huía á lo mas espeso de la selva: sus halcones eran los mas audaces, sus perros los mas fieles.

Un día que su jauría perseguía á un corzo, y que para seguirle por los caminos escarpados por donde se habia internado habia dejado su caballo, se extravió el jóven cazador, y aunque se encontraba en un sitio de la comarca que le era muy conocido, no pudo encontrar su camino, porque le parecia que por un efecto mágico de que no podia darse cuenta, los objetos habian cambiado de forma.

Mas como si fuera impulsado por un poder invisible, Walter continuaba avanzando. No tardaron en llegar hasta él los sonidos de una harpa, y creyendo estar próximo á algun castillo, marchó hácia el sitio de donde le parecia venir el sonido. Pero el sonido retrocedía á medida que él avanzaba, permaneciendo siempre bastante cerca para que no cesase de oírle, demasiado lejos para ver el instrumento que le producía.

Así marchó desde la hora en que habian descendido las sombras hasta las doce de la noche. A media noche se encontró casi en la cima de una alta montaña que dominaba el Rhin, á derecha ó izquierda el rio huía por el valle, como una ancha cinta argentina. Walter trepó al último vericuetto, y sobre la punta mas elevada de la roca vió á una muger sentada.

Aquella muger tenia en la mano el harpa cuyos sonidos le habian guiado; una suave luz semejante á la del alba la rodeaba como sino hubiese podido respirar mas que en una atmósfera distinta de la nuestra, y sonreía con tan maravillosa sonrisa, que esa sonrisa encerraba desde la primera declaracion de amor hasta las últimas promesas de la voluptuosidad.

Walter reconoció al punto el ser misterioso que ya habia visto la noche que se bañaba en el Rhin; su primer movimiento fué dirigirse á él, mas apenas dió algunos pasos se detuvo recordando todo lo que habia oído referir de la Lore-Lei; en seguida, como tenia un cora-

zon religioso, hizo devotamente la señal de la cruz, y en el mismo instante se apagó la luz, y la que la esparcía arrojó un grito y desapareció como una sombra.

Mas aunque desapareció de la vista de Walter, desde aquel momento quedó presente en su imaginación: sin cesar oía resonar en sus oídos la melodiosa música que le había guiado hasta lo alto de la roca, y apenas cerraba los ojos, veía resplandeciente con su extraña luz aquella bella hada que le había acogido con sonrisa tan graciosa.

Y Walter cayó en una profunda melancolía, porque al lado de aquella imagen, presente sin cesar á su imaginación, ninguna mujer le pareció mas bella, y como sentía instintivamente que aspiraba á una cosa que no era de la tierra, siempre que le preguntaban la causa de su tristeza, movía la cabeza, suspiraba y señalaba con el dedo al cielo.

En fin un día el padre de Walter le anunció se preparase á partir para Worms donde el emperador Maximiliano tenía su corte: tratabase de hacer la guerra al rey de Francia y el emperador llamaba en su ayuda á sus mas valientes caballeros. Los ojos de Walter brillaron un momento de alegría á la idea de la gloria que podía ganar en aquella guerra, y respondió á su padre que estaba dispuesto á partir.

Sin embargo, al día siguiente, volvió á caer en su melancolía habitual. Sin cesar parecía escuchar rumores que nadie oía, continuamente sus ojos parecía que trataban de seguir una imagen que se escapaba á todas las miradas; y el anciano escudero, viendo esta preocupación continua, apresuraba todo lo que podía los preparativos de la partida, esperando todo de un cambio de lugares.

Mas la víspera del día tan esperado por el pobre Blum, Walter le envió á llamar. El escudero se apresuró á ponerse á las órdenes de su joven señor, y le encontró mas sombrío y abatido que nunca; no obstante, alargó la mano al anciano escudero, como tenia de costumbre, le dijo que antes de abandonar la comarca, habia resuelto hacer su última pesca en el Rhin, y le preguntó si queria acompañarle.

Blum, que tan frecuentemente habia participado de aquel placer con su joven señor, no vió en este deseo nada que no fuese muy sencillo; mandó llevar las redes, á la lancha, y Walter ordenó que la lancha les esperase frente á la pequeña aldea de Urbar.

Era uno de esos hermosos días de primavera en que toda la naturaleza despertándose de su sueño, es armoniosa como si cada objeto de la creación, con aquella voz que Dios ha dado á los elementos como á los hombres, cantase su himno al Señor: el viento tenia extrañas melodías; la noche perfumes desconocidos; el rio reflejaba el cielo como un espejo, y las estrellas que corrían atravesando

el azulado manto, parecían, en medio de la calma universal, caer en silenciosa lluvia sobre la tierra.

El anciano Blum echó las redes; pero Walter, en vez de ocuparse de la pesca, miraba al cielo. De modo, que la lancha en deriva, seguía la corriente del agua. De repente, una melodía muy conocida llegó á los oídos del joven conde; bajó los ojos, y en el sitio acostumbrado vió á la hada Lore sentada sobre su roca.

Era la tercera vez que se le aparecía así, y ahora, como habia ido á buscarle, no pensó en alejarse de ella; antes al contrario, cogió los remos y se puso á remar en su dirección. A aquel movimiento inesperado y que desarreglaba sus redes, Blum levantó los ojos y vió que la lancha se dirigía lentamente al abismo.

Quiso entonces arrancar los remos de manos de Walter; mas, era demasiado tarde, y aunque los hubiese cedido sin resistencia, era tan rápida la corriente, que á pesar de todos los esfuerzos del anciano escudero, arrastraba la lancha hacia la sima. Y se oían los rugidos que llamaban á su presa. Blum dejó los remos y se volvió hacia Walter esperando, que arrojándose al agua con él, podrían todavía ganar ambos la orilla; pero Walter tenia los brazos estendidos hacia la mágica aparición que por su parte parecia deslizarse por la ladera de la montaña y aproximarse á él. Blum le conjuró para que no caminase de aquel modo á una segura perdición; pero Walter estaba sordo é inmóvil. El anciano escudero quiso cogerle abrazándole y precipitarse con él en el rio, pero Walter rechazólo. Entonces el fiel servidor viendo que no podía salvarle, resolvió morir con él, y como Walter no pensaba en orar, se puso de rodillas en el fondo de la barca y oró por los dos.

Y la lancha continuaba siempre avanzando hacia el abismo, y los mugidos del abismo eran cada vez mas fuertes; veíase en medio de la oscuridad salir del rio la negra cabeza de las rocas, contra las que se estrellaba la espuma, y cada una de ellas parecían al pobre Blum un informe monstruo que habia subido á la superficie del agua para devorarlo.

El hada Lore, por su parte, rodeada de aquella suave aureola que parecia esparcir, semejante á una estatueta de alabastro en cuyo interior luciera una llama; se aproximaba con su suave sonrisa y tendía los brazos al joven, como el joven los tendía hacia ella: ya habia bajado de la roca, y ligera como un vapor, se deslizaba sobre el agua; en fin, Blum sintió la lancha temblar y estremecerse, como un ser animado que se aproxima á su destrucción. Levantó los ojos, y vió que estaban en medio de las rocas á pocas brazas del abismo. Walter y la hada Lore iban á reunirse: de repente notó que la lancha, atraída como por la mano

de un gigante, se sumergía en las profundidades del rio; no tuvo tiempo mas que para hacer la señal de la cruz y encomendar su alma á Dios, porque habiendo chocado su cabeza contra una roca, se sintió desmayar, y creyó que iba á morir. Cuando volvió en si, era muy de día, y estaba tendido en la arena al pie de la roca.

El pobre escudero buscó y llamó á Walter; solo le respondió el eco burlon del Lei; resolvió entonces volver á emprender el camino del castillo; mas cuando hubo andado las tres cuartas partes de él, encontró al conde en persona, quien inquieto por la ausencia de su hijo, iba en su busca. Blum se arrojó á sus pies, y se cubrió la cabeza con su manto en señal de duelo.

Al fin le fué preciso explicarse, y refirió todo al conde; como por dos veces su joven señor se habia librado de la hada Lore, pero que á la tercera vez habia ido él mismo á buscarla. El conde permaneció un momento inmóvil y como anonadado por el dolor; mas ni una lágrima vertieron sus ojos, ni un suspiro exaló su garganta. Al fin, despues de un momento de silencio.

—Aquel, exclamó, que me entregue esa hada infernal, recibirá una recompensa régia.

—¡Oh! si es así, monseñor, exclamó Blum, permitid que sea yo mismo quien intente esa empresa; porque ¡por el alma de mi joven señor! ó lo conseguiré ó perderé en ella la vida.

El conde hizo señal con la cabeza de que admitía la demanda del anciano escudero, y volvió á tomar el camino del castillo, donde se encerró en cuanto entró; y nadie le vió ya mas durante el día, á ningún criado llamó; solo si, á través de la puerta del oratorio se le oía llorar dando sollozos.

Llegada la noche, Blum eligió entre los hombres de armas del castillo aquellos con quienes creia poder contar para que subiesen con él á la roca, al mismo tiempo que hacia rodear su base, para que si la hada Lore intentaba escaparse, fuese cogida entre ellos y el rio. Luego tomadas estas disposiciones, subió atrevidamente á la cima.

La noche era sombría y semejante á aquella otra en que Walter habia hecho la misma ascension: Blum llegó á la primera meseta donde el conde se habia detenido; luego, animado de nuevo á los soldados, trepó á la cima mas alta. En cuanto estuvo allí, vió á la hada Lore, sentada en su roca, y los ojos tiernamente fijos en el rio.

A su vista, por poco á propósito que fuese para asustar, los hombres de armas, sobrecogidos de terror, se negaron á ir mas lejos; pero el anciano escudero, en vez de participar de su espanto, sintió aumentarse su cólera contra la encantadora que le habia arrebatado su joven señor; y viendo que por mas instancias que hizo á sus soldados para ayudarle á

coger á la hada, no se atrevían á dar un paso mas, se adelantó solo hacia ella exclamando: —¡Oh maldita magal! al fin vas á pagar el mal que has causado.

Al oír aquella voz y aquella amenaza, la hada levantó lentamente la cabeza, y mirándole con su dulce sonrisa:

—¿Qué quieres, anciano? le dijo, ¿qué esperas hacerme á mí, que no soy mas que una sombra?

—Lo que quiero, es, respondió Blum, que me vuelvas el cadáver de mi joven señor á quien has precipitado al fondo del Rhin. Lo que espero es vengar en tí su muerte y las de tantos otros que han perecido antes que él en la sima donde ha desaparecido.

—El joven conde no pertenece ya á la tierra, murmuró la hada con su melodiosa voz; el joven conde es mi esposo. El es el rey del rio, como yo soy la reina; tiene una corona de coral; tiene un lecho de arena mezclada de perlas; tiene un precioso palacio de lapis-lázuli con columnas de cristal; es mas feliz que lo hubiera sido jamás sobre la tierra; es mas rico que si hubiera heredado la herencia paterna, porque posee todas las riquezas que el Rhin ha devorado desde el día de la creación hasta hoy. Vuelve, pues, al lado de su padre, y dile que no lllore.

—Mientes, hada infernal, respondió Blum, y lo que quieres es escapar á mi venganza; pero no me engañarás así; estás en mi poder, y tu hora ha llegado, á menos que no vea á mi joven señor, y que me confirme él mismo con la voz ó el gesto, lo que tú me has dicho. Así pues, disponte á seguirme.

Y desenvainó su espada y dió un paso para aproximarse á la hada; mas con voz potente, y estendiendo hacia él su brazo

—¡Espera! dijo la encantadora.

Y se desprendió el collar de su cuello, y cogió de él dos perlas que arrojó al rio. En el mismo instante el rio hirvió á borbotones, y dos enormes olas con la forma indecisa y fantástica que se atribuye á los caballos marinos, subieron á lo largo de las rocas hasta la cima de la montaña, y sobre una de aquellas dos olas, estaba un bello adolescente de rostro pálido y largos cabellos flotantes, en quien el anciano Blum creyó reconocer al joven conde; tanto que permaneció inmóvil de estupor.

En tanto las dos olas continuaban subiendo, hasta que llegaron á mojar los pies desnudos de la hada; entonces la bella Lore se sentó sobre la que estaba vacía, y enlazando sus brazos á los del joven, le dió un beso. Luego las olas comenzaron á bajar, y viendo que la hada se le escapaba, quiso Blum perseguirla. El joven le miró sonriendo.

—Blum, le dijo, ve á decir á mi padre que no lllore, que soy feliz.

Dichas estas palabras, volvió á su esposa el beso que de ella habia recibido, y ambos desaparecieron en el rio.

Desde aquel día nadie volvió á ver á Lore-Lei, y los bateleros no tuvieron ya que temer su canto de sirena. Todo lo que de ella queda es un eco burlon que repite cuatro ó cinco veces el sonido del cuerno, ó la tirolesa nacional que el piloto canta siempre al pasar por delante de la roca de la Lore-Lei.

#### MR. DE METTERNICH Y CARLO-MAGNO.

Los extremos se tocan. Despues de la pobre Lore-Lei víctima de su amor, están las siete vírgenes víctimas de sus rigores: estas siete vírgenes son otras tantas hermanas que se divertían en hacer morir á los bellos jóvenes enamorados. San Nicolás, sin duda el antiguo protector de los mancebos, las convirtió en otras tantas rocas que salen del agua, y que nunca dejan de enseñar al paso á las jóvenes, para curarlas de la misma enfermedad, si por acaso eran atacadas de ella.

Dejamos á Oberwesel, su grande torre, y la Prusia Rhiniana, para entrar otra vez en el país de Nassau de donde acabábamos de salir. El castillo de Gutenfelds, demolido en 1807, y que domina á Caub, contiene un cuerpo de guardia conservado en memoria de Gustavo Adolfo, quien estuvo en él para dar sus órdenes en una batalla que dió á los españoles que querían impedirle pasar el Rhin. Casi frente á este cuerpo de guardia, y en medio del Rhin, se eleva una construcción maciza y de forma extraña, que de lejos parece un navío anclado, dispuesto para bajar por el río. Es el Pfalz; al que se sube por una escalera estrecha, y donde las princesas palatinas iban á dormir. Un pozo escavado en la roca, y con el que no comunicaban las aguas del Rhin, ha ido á buscar su manantial á veinte pies bajo el suelo del río.

Cien pasos mas arriba del Pfalz se encuentra Bacharah: tres cosas le recomiendan á la curiosidad del viagero, sus ruinas, su Wilde-Gefehrt y su vino. Las ruinas son las iglesias de Werner. Su Wilde-Gefehrt, el paso furioso, es una especie de remolino que forma el río, poco peligroso en tiempo de calma, pero terrible en los días borrascosos; su vino en fin, de que hacia tanto aprecio el emperador Wenceslao, que por cuatro odres de aquel vino concedió la libertad de Nuremberg. Por lo demas, por una roca que se encuentra entre la isla Bacharah y orilla derecha del río, se puede saber de antemano cuál será la cualidad de aquel maravilloso líquido. Si del mes de julio al de setiembre saca la

cabeza la roca fuera del río, lo cual no sucede sino en los años de gran sequía, se puede comprar la recolección sobre seguro; si por el contrario permanece la roca cubierta por el agua, los aficionados saben que tienen que esperar á otro año.

En cuanto á las ruinas de la iglesia, de las que no hemos dicho mas que una palabra, se conservan deterioradas como están, como un lugar de peregrinación muy frecuente: su reputación la han adquirido de los milagros que San Gualberto hizo, no solo durante su vida, sino despues de su muerte. Habiendo sido asesinado en Vesel, por judíos que querían hacerle renegar de su religión, y arrojado su cadáver en el Rhin, en lugar de bajar por el río, subió la corriente hasta Bacharah, de modo, que al día siguiente al de su asesinato cuando sus asesinos le creían por lo menos en Coblentza, le encontraron frente á su iglesia, echado y como dormido en la ribera.

Por lo demas, á medida que se sube el Rhin, pasan las tradiciones de lo poético á lo material; es que gradualmente se aplanan las orillas y sus costados cubiertos de viñedos suceden á las montañas coronadas de antiguos castillos, de modo, que cuando se ha pasado el castillo de Senneck, destruido en 1282 por Rodolfo de Habsbourg, y reedificado por la familia de Waldeck, que estinguída antes que él, le ha dejado extinguirse á su vez; el castillo de Falkemburgo, destruido en la misma época, y que como su vecino, reedificado á principios del siglo XIV por un conde palatino, fué abandonado en seguida al arzobispo de Maguncia, quedando en poder de los acreedores de este; por fin el castillo de Rheinheim, que mas feliz que los anteriores, daba su antigua celebridad á la tradición de Cunon de Falkenstein y su prometida, y su celebridad moderna á la protección que le concede el príncipe Federico de Prusia; tanto digo, que cuando se han pasado estos tres castillos, no tiene otra cosa mejor que hacer el poeta que dejar á su cicerone y tomar algún comisionista de buena casa de Colonia ó de Maguncia, é informarse de los mejores terrenos que le queda que encontrar. Y entonces, segun prefieren el vino tinto al blanco ó el blanco al tinto, eligirá entre Ingelheim, plantado por Carlo-Magno, ó el Johannisberg explotado por Mr. de Metternich.

La primera de esas dos celebridades doblemente históricas que se encuentran en el camino, es el Johannisberg: es una altura avanzada y saliente del Taurus, notable por su convexidad, y que de mesetas en mesetas desciende casi al nivel del río. En esas mesetas es donde crecen las viñas que proveen el famoso Chateau Johannisberg, que goza de tan alta reputación, que por poco catadores que seamos nosotros, no podemos dispensarnos de consagrar algunas líneas á su historia.

El famoso Bischfsberg ó Johannisberg,

segun se le quiera llamar monte del Obispo ó monte de San Juan, tenia en un principio en su cima un priorato fundado en 1109 por el arzobispo de Maguncia, Ricardo II. En 1130, es decir, veinte y dos años despues de su fundación, el arzobispo hizo de él una abadía que floreció por espacio de cuatro siglos, y que al fin, en 1552 fué quemada por Alberto de Brandeburgo. Este incendio que habia destruido el convento, produjo su supresión en 1587: lo que quedaba del edificio fué demolido por los suecos durante la guerra de treinta años.

Pero lo que constituía la fama del monte San Juan no era ni sus prioratos ni sus abadías: eran sus viñas. Así, en 1644, la primera montaña se entregó en prenda del tesoro del imperio, Huberto de Bleymann, por la suma de 30,000 florines, 66,000 francos próximamente, y como el reembolso de aquella suma no se verificó jamás, en 1716 se transmitieron al príncipe Foulde los derechos de sus herederos. A contar desde este momento, la explotación de aquel famoso viñedo comenzó á hacerse segun las reglas del arte; de este modo el producto de las sesenta y tres fanegas de tierra que forman su superficie asciende en manos de su nuevo propietario á quince ó diez y seis toneles, que algunas veces llegó á veinte y tres y veinte y cuatro. Como cada tonel contiene mil trescientas botellas, y en los años buenos, como sucedió en 1779 y 1783, por ejemplo, se vende la botella hasta en doce florines, es decir, hasta veinte y cuatro francos, se comprende, que la renta de esas sesenta y tres fanegas no deja de valer la pena. Así, cuando se suprimió la abadía de Foulde, que se verificó en 1803, el príncipe de Orange no se descuidó en hacer valer sus derechos sobre aquel precioso dominio: desgraciadamente, apenas tuvo tiempo de probar su producto, cuando Napoleón se le tomó como hizo despues con el reino de Holanda, y le dió al mariscal Kellermann, sin duda en memoria de su bonita carga de Marengo. El duque de Valmy lo conservó hasta 1816, en cuya época el emperador de Austria, que naturalmente no debía tener para con él los mismos motivos de reconocimiento que Napoleón, le despojó de él en provecho de Mr. del Metternich, quien le recibió á título de feudo, y á condicion de pagar el dinero. El célebre diplomático ensanchó los jardines, puso un piso mas al cuerpo del castillo, é hizo pintar sobre cristal en la capilla sus armas. ¿Ha querido indicar con eso la fragilidad de las cosas humanas?

Ademas de su gusto por la diplomacia y la agricultura, el príncipe de Metternich tiene tambien la pasión de los autógrafos. Sus relaciones por espacio de treinta años con todos los soberanos de Europa, algunos de los cuales le deben sus coronas, le proporciona-

ron la ocasión de reunir con facilidad una colección bastante bonita de cartas reales é imperiales, y con mas razón, como se comprende, de todos aquellos pequeños príncipes, cuyos estados han pasado y repasado ocho ó diez veces por sus manos. Ademas, como las odas de los poetas alemanes, y los sonetos de los improvisadores italianos no debieron faltarle, nada tenía que desear sobre este punto, cuando observó que en una época en que la prensa ha llegado á ser un poder, necesitaba por lo menos algunos autógrafos de periodistas. Mas como en Italia y Alemania, gracias á la censura, hay muchos periódicos, pero pocos periodistas, forzoso le fué recurrir á Francia. Mr. Jules Janin fué uno de los que recibieron con todas las formas de aristocrática cortesía que le distinguen, la demanda del rival de Mr. Talleyrand.

Mr. Jules Janin tomó en el mismo instante la pluma, y le escribió muy ingeniosamente este lacónico autógrafo:

*«Recibi de Mr. el príncipe de Metternich veinte y cuatro botellas de Johannisberg de primera clase.*

*«Paris, 15 de mayo de 1838.»*

Un mes despues, el periodista recibia de Mr. de Metternich las veinte y cuatro botellas de Johannisberg, cuyo recibo habia acusado de antemano con una confianza que sin duda apreció el príncipe.

Mr. de Metternich ha conservado escrupulosamente el ingenioso autógrafo de Janin. En cuanto á éste, dudo que haya conservado el vino de Mr. de Metternich.

El Ingelheim, que es el Johannisberg de la pequeña propiedad, á pesar de la inferioridad en que le tienen los inteligentes, puede gloriarse de tener un origen no menos aristocrático que su rival, porque si no es vendido por un príncipe, fué plantado por un emperador. Habiendo notado la excelencia del terreno, fué Carlo-Magno quien mandó transportar allí las cepas del mejor vino de Orleans, y segun sus esperanzas, la vid ganó un ciento por ciento con la trasplatación. Fué un gran día para el emperador en el que obtuvo aquel triunfo, puesto que despues de Aix-la-Chapelle, su residencia preferida era Ingelheim, ó la Casa del Angel. He aquí el motivo de haber bautizado aquel castillo con ese poético y celestial nombre.

Por el año 868, resolvió Carlo-Magno hacerse edificar un palacio que dominase el Rhin, y en 874 este palacio estaba edificado. Era un magnífico edificio, medio fortaleza, medio castillo, que estaba sostenido por cincuenta columnas de mármol, y cincuenta de granito. Las columnas de mármol le fueron enviadas de Roma y Ravena por el papa Esteban III, y las columnas de granito habian sido sacadas del Adenwald. De modo que viendo su nueva